

¡SEÑOR EL SOLDADO NO REPARA!



ROSA AMOR DEL OLMO



ISIDORA EDICIONES

Rosa Amor del Olmo

¡Señor, el soldado no repara!

Este poemario relata un diálogo entre un verdugo y su rehén.
Desde un bunker de refugio, el inconsciente de un esquizofrénico
conversa con su bipolaridad: el soldado

*Dedicado a la enfermedad mental
A aquellos que miran las cosas de manera diferente
A la infancia maltratada
A las secuelas del horror de la guerra*

Diálogo entre el soldado y el soldado imaginario



Ahondo en el alma de nuevo
Hacia una vida que no existe
Desgarro ahora el aliento
Entre balas de aceite y de plumas.

Porque no hay concepción
En la mente humana
Que no haya sido primero,
Causa de los sentidos, de todos los sentidos.

Con diabólica venganza,
Has dicho que te estoy matando
¡Pero si yo estoy muerto ya! ¿te acuerdas?
Aquí me hallo, implacable y vivo.
Porque el muerto está en mi interior
Y lo llevo desde la infancia.
La mirada de la guerra es abominable.

El soldado: ¡cuidado! Que puedes estar muerto si quiero



Duermo el alma, acuno ideas
Mientras siento las pisadas: son ellos.
Una tormenta de dolor y gritos
Se ha instalado en la neurona
Del hipocentro frontal del alma.

Depauperando posibilidades de vida
Con un corazón momificado, por
No encontrar su reposo entre
Los silbidos de disparos de muerte.
Ahí están, están ahí y no puedo salir.
Esta atmósfera espesa, este gris pensamiento
Esta fatiga intrínseca...
este oxígeno que no llega.

El soldado: el muerto eres tú, y no reparo porque si lo hiciera, no
sería soldado



Álveas huestes han venido a defenderme
Mientras yo estoy aquí,
En la trinchera de la desesperanza
Viendo los arreboles de un milagro que
Esperamos, pero que no existirá.
La guerra continúa.

En el Isagoge del conflicto encuentro:
Piel, carne y pupilas que no han dejado rastro.
Incommensurable acostumbramiento
Que no cesa de golpear en la puerta
Donde abrí y encontré la barbarie.
No puedo escapar a este patibulario de realidad.

El soldado: no vas a poder huir. En la noche, el frío y la muerte,
buenos son para el fuego de la desnudez del alma. Te observo.



He visto que el soldado se volvió hacia su tropa,
con la mirada fija en los primeros hombres que,
a su derecha y a su izquierda,
le miraban como si fuera uno
de los primeros hombres que,
a su derecha y a su izquierda,
le miraban como si fuera el Mesías.

Después, unos minutos después,
ligeramente encorvado,
corrió por el escenario del fin del mundo,
ahogado en el mundo,
ahogado en proyectiles y balas silbantes,
aferrando su pistola con todas sus fuerzas,
su paso pesado.

El soldado: De una vez por todas. Sangraríamos a cualquiera.



Su voz
con todas sus fuerzas, su paso pesado,
su cabeza metida entre los hombros.
La tierra es espesa bajo sus zapatos
porque ha llovido mucho estos días.

A su lado, unos tipos gritan
como locos, para emborracharse, para darse valor.

Otros, por el contrario,
avanzan como él, concentrados,
con el estómago hecho un nudo,
la garganta seca.

Todos se precipitan hacia
el enemigo, armados de una cólera definitiva,
de un deseo de venganza. De hecho, es
quizás un efecto perverso del anuncio de un armisticio.

Han pasado,
Esta guerra terminará así,
con tantos amigos muertos
y tantos enemigos vivos.

El soldado: los enemigos vivos, son para desear una masacre, para
acabar de una vez por todas.

Un niño caminaba delante de él
De ellos, del pelotón de soldados
Como yo y como tú.

Lo vi.

Fue alcanzado por una bala
y se desplomó casi en sus brazos
yo solo tuve tiempo de saltar por encima.

Perdí el equilibrio.

Paseaba corriendo por los cuerpos yacentes
Sin saber dónde ir.

El olor a sangre seca nubló mis ojos.
Corré varios metros, impulsado por querer huir
Pero caí sobre el cuerpo del niño
Estaba abrazado a un viejo.

Esa muerte, inesperada,
dio el pistoletazo de salida a esta última
hecatombe.

A pesar de las balas que silban a su alrededor,
al verlos allí tendidos,
Me detuve.

El soldado: esa es la "legión del horror". Nosotros dominamos ese horror.

-VII-

No existe el olor a petricor, cuando
El agua desciende sobre la piel
De los esclavos del poder guerrero.

Pero ahí están
Como rehenes de sí mismos
Como cinismos del Dios que domina
Este mundo
O como robots de la barbarie militar.

Fui en busca de una mirada
De alguna esperanza inane, desolada.
Y con ella la luminiscencia del recuerdo
De un niño que ahí estaba, pisoteado
Por el barro de la atrocidad.

El soldado: te hablo de guerra como le hablo a Ulises, no te quejes.



-VIII-

El mismo ojo que todo lo ve
Ahora siente compromiso con el dolor
De tantas almas aplastadas por el desatino.
Deambulo, y encuentro de nuevo la bestia.
Es Leviatán.

Mientras, a lo lejos
Suena una canción de cuna
Que no es capaz de consolar la infancia muerta.
La libertad de defenderse
y defenderse de verdad,
ha de ser por los medios que considere yo oportunos.
La paz exige la renuncia a este derecho.
No aguento la mirada,
Cada uno renuncia a ella en favor de un poder común,
Porque la fuerza es tan superior a la de todos
Que nadie puede disputarla.
Que nadie puede impugnar. El Estado frena la violencia
Interindividual,
por medio de leyes
que impidan a los hombres ejercer su poder, sin límites.

El soldado: el Estado es Leviatán y el holocausto es, ofrenda
encendida de olor grato a Jehová. No te olvides.

-IX-

No quiero volver a ser lo que soy
Porque no lo seré nunca.

Se ha arrancado un corazón en un alma
Muy distante ya de su cuerpo.
Aventando, aventando,
Hacia el vacío de la nada.

Es mi corazón que no encuentra acomodo.
Es la soledad del desierto mental.

El aire mismo araña el alma
Y las pupilas no quieren saber más de destrucción.
La ucrónia de las voces negras
Han vuelto de nuevo a su ser.

El soldado: quema ya la vieja desventura

-X-

Cuando te vi, caí como muerto a tus pies.
Pero alguien se puso a mi diestra y dijo:
No temas; yo soy el primero y el último.
No lo entendí.

Efímero y sempiterno tiempo
Este que nos toca vivir
En la trinchera del poeta
Que nada puede hacer.
Más que esconderse para ver
Si la esperanza de sus palabras
Reviven las almas asesinas.

Ojalá y suceda algo
Ojalá y todo vuelva aquí
El poeta, el amor, la paz.

El soldado: Conocemos el horror de las trincheras, la magnitud de la destrucción y la falta de una respuesta.
Yo me protejo, por eso te apunto.



Desde mi trinchera
El infinito tiene nuevos ademanes
Que no quiere cambiar
Que no quiere aceptar
Pero sigue en la melancolía
Que acompaña
A su ineludible soledad.

Considero primero los pensamientos
Del hombre por separado.
Luego su tren y su dependencia de los demás.
Luego su apariencia de vivir
En una verdad que le es
Ajeno a la realidad.
La infancia rota, violada la inocencia.
Una incesante guerra que no se detiene.
Sin duda
el poeta murió de niño.

El soldado: ¿de dónde has caído? vendré pronto a ti y quitaré tu
candelero de su lugar si no haces lo que yo diga

-XII-

El estado de naturaleza
Es una naturaleza sólo
Por el estado de naturaleza
Que es una naturaleza, sólo por antonomasia:
El puro juego mecánico del choque
de fuerzas, hace imposible su perpetuación.

La guerra exige, por tanto, su supresión,
sólo es el acicate que empuja a los hombres
a templar por el ardor de sus pasiones.

La paz será, pues, obra del hombre, nada más.
Aquel niño muerto en la infancia de mi interior
Viene de nuevo con voz de poeta.
Han muerto al poeta.

El soldado: tienes luna de milagro, tienes aire porque sí
Pero se acaba el aire y la luna obscurecida por el frenesí

El patíbulo del verdugo se ha erigido
Como la conciencia inefable
De aquellos que sin su saber
De patricias genéticas
Pronuncian la sentencia de muerte.

La soledad ahora es execrable y maldita
Y en nada exculpa a aquellos que la provocan.
Prohíbe la libertad de acercarse
A ser,
Junto a otros, que dominados por la oquedad
solitaria,
Divagan como almas penitentes
En los albores de la arquitectónica mentira
Con la que se decora la maldad.

El soldado: los árboles te miran y provocan el viento en tu mente
Ahora te tengo preso en mi mano, rota la palabra en tu
hipocampo.



-XIV-

El brazo ejecutor deprime
Por tanta repetición salvaje
De provocar dolor y muerte
Hasta la extenuación de las almas.

Esas almas, pellizcan con devoción a la vida
Saltan por encima de las lágrimas infantiles.
Como quien dispara a matar.

No quiero poner ningún hombro a la lid
En este exterminio de familias
De gentes de por aquí y por allá.
Inocentes espectros todos
Como tantas veces la historia
Nos ha regalado con su guardada memoria.
¿Hay alguien ahí?

El soldado: la muerte no te reconoce, pero te quiere a su lado



-XV-

La incorpórea bala que separa el cuerpo
Del alma,
Provoca un dolor que la víctima acoge
Como indeclinable realidad.

No me han dejado ser poeta
No he podido contar mi realidad
No he podido hacer nada porque
De niño me asesinaron.

No pude escapar
Porque no tuve determinación para huir,
Solo el miedo, ha provocado la baladura
De mi decisión.

Bloqueando, paralizando el estancando sueño
De una realidad que ya
Nunca más volverá.

El soldado: Y me traen a auxiliarle en tu anterior muerte infantil,
yo, que necesito del auxilio de tu perdón, para poder dar
tranquilidad a mi desoladísima vida

-XVI-

He puesto sobre el plinto de mi esperanza

Un sacrificio mayor

Abandonar esta triste realidad

De balas y transgresión que deja

Sin esperanza de vida.

El soldado sigue apuntándome y no me escucha.

Ni postrero árbol ni árbol de la vida.

Solo exigua alas que me llevan a odiar

A tanta inmaculada mentira que no tiene arreglo

A tanta maldad que no tiene excepción

Ni asomo de expectación

Ni cambio de nada.

El soldado: pronto vendrá el ángel exterminador de voluntades.

Es Balaam.

-XVII-

Sin duda he querido parecerme
A esos que no sufren,
A esos que solo temen
Y como tales, obedecen al verdugo.
Rotas las alas de mi libertad
Coloreo las plumas que me tiñen
De negro, de obscuridad y desaliento.

Yo, me pronuncio en que no quiero obedecer.
Cuando los ojos de un niño lloran de dolor
La rabia se vuelve fiel compañera.

Mejor es morir por decisión propia
A que otro venga a hacerse dueño de mi vida
O a manipular el estado de mi alma.

El soldado: te daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.



-XVIII-

Hay olor como de muerte y desesperanza
Y yo no sé dónde voy.

La decadencia
De la sensación en los hombres despiertos
No es la decadencia del movimiento
Que tiene lugar no en la sensación,
Sino el oscurecimiento de esta.

La luz del sol ya no entra
Porque oscurece la luz de las estrellas
Y aquí estoy afectado por esas estrellas
Que no predominan ni entran
En la verdad de la luz que me rodea.

El soldado: mejor, fortalece las otras cosas que quedan y que están para morir.

No me mires más, ¿qué quieres de mí?
No me apuntes. ¿Quieres matarme? Ya estoy muerto.
¿Y luego qué?
Ni sombra de acompañamiento certero.
Vuelta a la caverna del silencio
Donde las sombras siguen su vida
Y mientras
El fugitivo ladrón, tortura la tuya.

Hay otro precepto
Que no se ha entendido por el que la gente
Podría aprender realmente a leerse,
si se tomara la molestia.
El precepto me enseña que,
Mis pensamientos gozan de cierta
similitud con los pensamientos y pasiones de un hombre
y los de otro, los de muchos.
Pero ellos, no son yo.

El soldado: en la obscuridad de la noche, no se respira el aire...pero te tengo preso de pensamiento y libertad.

Creo estar vivo, pero no lo sé
Tanta nadería me ha acompañado esta vida que,
Quien mira dentro de sí mismo
Hace que se considere a sí mismo...como tal.
Es lo que hago cuando pienso,
Luego mis pensamientos ensombrecen las piedras.

No hay río que fluya, todo está quieto.
También los árboles, ya no quieren hacer viento.
Hay una sed que reclama vida y agua
Pero yo sé que no vendrá mientras estés ahí.
En esta vida que se está yendo
Mientras la sangre se agita
En este agujero de mi cuerpo.
El deseo deshabita en la sordidez del mundo.

El soldado: siempre a oscuras, entre el vértigo y las pesadillas.



No soporto esa mirada asesina
Que me vigila perseverante
Ante la incapacidad del rehén
A defenderse.

Vuelvo al silencio y a su acomodo.
Donde un poblamiento de palabras yace.

Para luchar en una línea cerrada en la batalla

Debo sentir el precio de lo que es.

Cuando las filas se rompen y se tiene que luchar solo,

La ingratitud y desprecio del vencedor
Se impone en el deseo de la muerte
Se acabó la tolvanera.

La suya y la mía.

Disjuntas.

El soldado: Honrado soy en mi conciencia, y me basta; por eso no temo la muerte; casi la deseo, y matándote se me da la gloria del martirio, que apetezco, que ambiciono.



-XXII-

Cuando se persigue al enemigo
Que se enfrenta y resiste,
O cuando en una retirada
Hay que defenderse de un hombre que presiona
Su espada en mi espalda.
Da constancia a la imaginería que nos inaugura.
La sagacidad para matar surge
Como la presencia de una verdad
Realizable, impasible y aterradora.

No hay sombra, ni convencimiento.

Los pasos del cadáver que llevo dentro
No quieren saber más de esto.

Mi cadáver ha dicho que se va,
Que se quiere ir a ese lugar de
Esparkcimiento común y deleznable
Que es el mundo de las sombras.

El soldado: Voy a sorber tu luz e incinerarme, de tu rayo fugaz
para ir a morirme. Ahora dudo, pues me ha tocado en suerte
hacerte eterno.

-XXIII-

Pero en ese habitáculo vivo
Como si de una nueva cueva se tratara
Encontré una colagración de sangre y de estrellas.

Esperando a que viniera el sol
A apoderarse de mi esqueleto
que rígido clama justicia y verdad.

Es un conjuro del azar y de conciencias.
Una concentración de torturas, de tedio, de horror.

Era el olvido.
Vuelvo a vivir como antes.
¿Es posible?
Siento la vida, aunque tiemblo
Porque no quiere verme marchar...
Como cada noche, como cada amanecer.
No me vigiles más soldado.

El soldado: Al mediodía del mismo aciago día, vendrá un espacio infinito de tolvaneras y carros

Aprendí una mentira:
La paz se define principalmente de forma negativa
Como la ausencia de guerra,
Y el cese de las hostilidades.

Conflagración.
Al igual que la guerra, la vida adopta la forma
De un estado prolongado en
Tiempo. Estar en paz
Presupone la seguridad
De que se ha dejado de lado
La amenaza de la guerra,
Porque los motivos de hostilidad
Han sido aniquilados.

La tranquilidad será sólida y duradera.
Pero todo es hipérbole.

El soldado: lo que se consigue mediante el combate y el uso de la violencia es una guerra conceptual de palabras.



-XXV-

Ahora

La perturbación es lo suficientemente aguda

Como para llevar a la destrucción de los hombres entre sí.

Entre sí.

La guerra y la paz son, pues,

dos términos que se excluyen mutuamente: se oponen entre sí.

¡No me mires más soldado!

Fragilidad y desenvoltura, son una amenaza absoluta

De aparente protección total.

La guerra se justifica

Para salvarnos la vida.

Así, la guerra

Aparece como el estado normal

De las relaciones entre los hombres,

Cuyas pasiones los inclinan a la

La malevolencia mutua,

y la paz, como obra de una inexistente voluntad.

El soldado: Aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y
no has negado mi nombre.



Los hombres y las mujeres se devoran
Tan rápido como el acto de amor.
Dedican un tiempo a estar juntos
Aunque a veces el miedo aniquila
Tanto como el ego que inunda los océanos
De los corazones rotos.
Es un largo hábito de estar.

Entre estos extremos, no suele haber un término medio.
el punto medio vuelve a ser la nada,
O el amor desesperanzado de volver a ser
Una pura invención.
Presumo que esta noche, tan alta de certezas
Brotarán presentimientos, desvaríos
y por fin, tus proliferaciones.

El soldado: el segundo ser viviente era semejante a un becerro.

El hombre, como cualquier realidad natural,
se entiende como un cuerpo en movimiento.
El principio de este movimiento es el deseo.

El deseo se origina en
el placer o el dolor provocado
por el contacto físico con otros cuerpos.

Que nos empuja hacia o desde
El contacto con otros cuerpos,
o que nos lleva a acercarnos o alejarnos de ellos.

¡No me mires!
Y ahora en la soledad ¿qué hace el hombre para ser?
¿Qué hacer en esta guerra?
La imaginación, en la medida en que es
La imaginación,
En la medida en que conserva
la huella de estas impresiones pasadas,
Nos dirige entonces, hacia cuerpos capaces de
Producir otros similares
O morir ante la verdad de no poder hacerlo.

El soldado: el dolor es inconmovible para los demás. Se conoce
que es inmutable.

-XXVIII-

Estoy pensando ahora que me miras
Y que soy tu rehén,
Que soy como una rata.

Las ratas siempre me atrapan con sus bigotes
Su mirada hostil.
Deben haber sido todos atrapados
Igual que yo,
Con grandes trampas,
Porque estaban llenos de sangre.

Aquel joven, había permanecido durante algún tiempo
en la puerta,
sujetando a las ratas por las patas,
y esperando que los culpables
estuvieran dispuestos a traicionarse a sí mismos
La espera estaba ahí, pero nada había llegado.

El soldado: El enemigo es el individuo cuya voluntad se opone a la
la realización de la propia voluntad. Árbol inane.



La imaginación de lo pasado se oscurece y se debilita,
como la voz de un hombre en los sonidos del día. De ahí,
Deduzco que cuanto más tiempo pase
después de ver o sentir un objeto,
más débil será la solución. Porque el cambio continuo
del cuerpo humano, destruye con el tiempo
las partes que se movieron en la sensación de estar vivo.

Me miras y me miras.
Así también la distancia en el tiempo
y la distancia en el espacio
Tienen un mismo efecto sobre nosotros.
Porque, al igual que a gran distancia en el espacio,
Lo que vemos parece vago,
Sin que podamos distinguir las partes más pequeñas,
y al igual que las voces se vuelven débiles e inarticuladas,
Así también, después de una gran distancia de tiempo,
Nuestra imaginación del pasado es débil,
Olvidamos, perdemos.

El soldado: soy tu soldado y te puedo matar ahora.

Aquel joven parecía abatido y preocupado.

Era el espejo de mí mismo.

Se frotó el cuello con un gesto mecánico.

Le pregunté cómo estaba.

La joven nada podía hablar, por supuesto,

Nada podía decir, por supuesto,

Menos que todo estaba mal.

No se sentía bien.

Simplemente no se sentía bien.

En su opinión, lo que funcionaba era la moral.

Esas balas, esos ataques, le habían dado un golpe fuerte

y todo sería mucho mejor

Si se fueran.

El soldado: la muerte es cosa de grande confusión.

Siento el helado frío en todo mi yerto cuerpo
Mientras el hedor de tu arma me apunta.
El tiempo pasa, pero no sé qué es tiempo.
No lo puedo definir, por tanto, deja de ser.
La situación empeora.
El número de soldados aumenta y,
El hostigamiento es más abundante cada mañana.
No sé si eres un soldado o un batallón.
El silbido inerte de las balas sigue
Martilleando como una letanía.
Un día tras otro, los soldados comenzarán a salir
a morir en grupos.
Desde los almacenes, sótanos, bodegas y
cuevas, alcantarillas, subirán en largas y tambaleantes filas
Para parpadear en la luz o encenderla.
Querrán venir a por mi
dando vueltas y muriendo cerca de otros humanos.
Pero mi verdugo seguirá ahí, mirándome y apuntándome
Con el arma de la maldición de la humanidad entera.

El soldado: vi un caballo blanco y el que lo montaba tenía un arco;
y le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer.



Ser eterno significa estar fuera del tiempo,
un tiempo que había sido inventado, por mí, no por ti.
Por la noche, en los pasillos o en los callejones,
se oyen con claridad los gritos de agonía.
Por la mañana, en los suburbios, se encontrarán
En pequeños charcos, rastros de sangre,
Las ratas vendrán con sus puntiagudos hocicos,
Y desde la trinchera de este sótano
Todo lo veremos.
Soldado, ¿sigues ahí? solo me miras
Quieres matarme, pero te doy pena.
Yo sigo en mis pensamientos
En una abstracción de infancia
De prados verdes, de olor de madre.
Me ayuda a querer morir y terminar con esta agonía.

El soldado: Nada voy a hacer por mudar la vida, mi vida de
violencia, de invención, pero que,
sin ti, ha perdido el sentido.

-XXXIII-

En la propia ciudad, se encontraban cadáveres
en pequeños montones, en los rellanos o en los patios.

También llegaron a morir solos
en los pasillos administrativos,
en los patios de las escuelas,
a veces en la terraza de los cafés
o donde sea. Eso a nadie importa.

Yo antes había paseado mucho por aquel lugar.
Cuando la niña y el muerto que adentro llevo
Se hicieron poetas.

Y conocía sus ruidos y todo lo concerniente
A la vida.
Ahora
Todo es desolación
Es la guerra.

El soldado: Salió otro caballo, rojo; y al que lo montaba, le fue dado
poder para quitar la paz de la tierra y para que se matasen unos a
otros.

¿Recuerdas la última vez soldado?
Habían empujado una puerta y
se encontraron en el umbral de un lugar luminoso.
Era una habitación, mal amueblada.
Un hombre pequeño y redondo estaba tumbado
en la cama de latón.
Respiraba con dificultad y nos miraba con
ojos congestionados.
El médico se detuvo.
En los intervalos de respiración se podía escuchar
Pitidos de un pulmón herido
Como si fueran gritos de un animal que adentro de él
Estuviera.
Pero nada se movía en las esquinas.
El hombre se había caído desde lo alto,
Pero no era lo suficientemente alto,
Por ello, sus vértebras habían aguantado,
Aunque no sus entrañas.
Ahí perecía entre el dolor personal
De aquel que sabe que todo es inútil
Cuando mueres, cuando te estás muriendo.

El soldado: tú le habías matado por ello no dejo de apuntarte para
que mueras



El valor me dice, es la constancia.
Pero esta definición sigue siendo incompleta;
Porque la constancia sola, sin luces y sin razón,
Sólo puede ser una peligrosa obstinación.

No me contestas.

Pero, no se puede dejar de reconocer
en el transcurso y los detalles de este diálogo
el mismo artificio y la misma clase de sutileza dialéctica
con la que está sembrado el Cármides,
y me veo obligado a lamentar también
que la importancia de las ideas
no siempre se apoye en las gracias
y la delicadeza de la forma.

Así es, ¡tendremos que terminar con todo esto!

El soldado: Solo quiero escuchar, el aliento de la desesperación.
El arrastre de un no querer llegar a nada.

-XXXVII-

Vámonos soldado en busca de nuestra libertad.

No encuentro sentido a este inerte cuerpo

Solo existe mi pensamiento todo el tiempo

Y tú, mi fiel amigo, eres mi verdugo

Pero me has dado la vida hasta ahora.

¿Te despeñarías por un monte nuevo

¿Si no fuera por el exfolio del viento?

Hubiera de perderte y te encontraría

Desatado de tanta lacería.

Si este instante se adensa, tocaríamos

La eternidad que nutre al tiempo.

Pero el límite acude a nuestra cita,

Poniendo celajes a tu transparencia.

Y el cárabo trepanando éxtasis.

El soldado: no quiero matarte, ya estamos muertos los dos. No habrá paz en este mundo. ¡Vámonos, amigo, yo te ayudo!

-XXXVIII-

No he asistido a
la desgarradora despedida
que los humanos hacemos a la Tierra
por la voluntad de un tirano
que se cree dios.

Ha desaparecido el lapizlázuli,
No hay cielo, ni tierra.
Solo el fuego abrasador
Que cobija los últimos gritos de los inocentes.
¿Cómo puedes tu o quien sea
odiar tanto a su especie
para que en un abrir y cerrar de ojos
los vivos desaparezcan?
Amigo, que la gracia
de la razón
te ilumine por fin
para que cada uno
en su estación
pueda aún sentir el misterio
del alma que le anima

El soldado: soy amigo por nada.



Antes que nos asolen iremos
A buscar el himeneo de los elfos
Mientras los árboles producen el viento
Con el que tu aliento y tu persona
Convertirá en liturgia nuestras palabras.
Y el hondero se pierda en su sintaxis.

Mientras que este réquiem siga ahí
Nos acompañará en esta música
Que ponderará nuestras almas.
Hasta la eternidad.

Vamos soldado, vente conmigo.
El mar se pondrá a recaudo
Entre sus olas y sus ondas,

Cuando escucharte quiera y yo ya no lo impida
El cielo entre sus redes de coluros
Verá el crepitar de nuestros cuerpos.

¡Vamos mi fiero soldado!
Sin mí, te hundes
¡Vámonos compañero!

El soldado: ¡vamos!



En el desorden general,
Aquel soldado se aplicó
a convertirse en el historiador de lo que no tiene historia.
Marchó junto a su rehén
Verdugo y rehén amigos
Caminando hacia la muerte.

La Historia ha muerto entre las manos
Del que escribe y pone sobre el plinto
De un altar invisible
La realidad de una vida que tan solo
Existe en el discernimiento y en la poesía.

Me despido de esta vida
Y me llevo a la otra mi pensamiento.
Que no quiere ya, volver al encuentro
De mi existencia.
Me marcho de nuevo a construir sombras
a buscar ficciones o a encontrar demonios.

El soldado se fue



El suicidio no soluciona tu vida. Todo lo complica. Nos vamos a la otra vida con los mismos problemas, la misma angustia y peor desesperación al no tener ni cuerpo ni vida para remediarlo.

